Año 108 // 3ª etapa // 575 // Viernes 25 de enero de 2019

DIARIO OFICIAL DEL BICENTENARIO

El Peruano

Variedades

MASACRE DE UCHURACCAY, 36 AÑOS

LA VERDAD EN ESPERA

Homenaje a los Mártires del Periodismo Peruano

SEGUIMOS DE PIE

Solo la verdad puede ayudar a cicatrizar una herida tan profunda como la que se abrió en Uchuraccay hace 36 años. Los deudos de los mártires y el periodismo peruano todavía esperamos respuesta.

Habíamos pensado en una publicación de largo aliento. No ha sido posible. Una serie de contratiempos conspiraron contra ese sueño. Aun así, les alcanzamos estas páginas que dan testimonio de que no hemos olvidado a nuestros héroes, mártires de Uchuraccay. Llevamos con nosotros una herida abierta que no puede cerrar 36 años después de la tragedia.

No habrá paz para el gremio de periodistas mientras este crimen permanezca en el limbo y las autoridades no señalen a los verdaderos asesinos que, sospechamos, se esconden detrás de humildes campesinos que cumplieron el macabro encargo de acallar las juveniles voces de ocho periodistas y un guía en las frías cumbres ayacuchanas de Uchuraccay.

Desde entonces, los periodistas seguimos esperando que la justicia llegue y que los verdaderos asesinos sean sancionados, aun cuando sea tardíamente. Y quienes encubrieron los crímenes, amparados en su prestigio intelectual, también. Algún día, más temprano que tarde, serán juzgados por la historia y por esa memoria colectiva que no perdona lo ocurrido en 1983.

"Estas páginas contienen nuestro mensaje de esperanza para las valerosas esposas y madres de los mártires".

Esta edición especial ha sido posible en el marco del convenio institucional suscrito entre el Colegio de Periodistas de Lima y el Diario Oficial *El Peruano*, de Editora Perú. Contiene testimonios de colegas, escritos con el dolor contenido pese al tiempo transcurrido.

Estas páginas contienen nuestro mensaje de esperanza para las valerosas esposas y madres de los mártires, quienes siguen luchando por descubrir la verdad. Ellas no están solas. Los periodistas, mientras estemos de pie, permaneceremos junto a ellas para exigir justicia. Qué duda cabe.

¡Mártires de Uchuraccay… Presentes!

Edwin Sarmiento Olaechea
Director de Asuntos Profesionales e Institucionales del Colegio de Periodistas de Lima

PRONUNCIAMIENTO PENDIENTE

La Corte Interamericana de Derechos Humanos, con sede en Costa Rica, debe dar su veredicto sobre el caso Uchuraccay. Han pasado ocho años desde que admitió la demanda interpuesta por los familiares de los ocho periodistas masacrados en 1983, pero hasta ahora no se pronuncia respecto de su posición.

Así lo demandó la congresista de Alianza por el Progreso y periodista Marisol Espinoza Cruz, en la conferencia de prensa que se ofreció en la sala Héroes de la Democracia del Palacio Legislativo, al conmemorarse 36 años de la muerte de los hombres de prensa, un crimen que hasta hoy se encuentra impune.

La legisladora piurana dijo que es incomprensible que hasta ahora no se identifique a los responsables del inhumano asesinato de ocho periodistas y un guía, que lo único que buscaban era la verdad de lo que ocurría en la zona de emergencia de Ayacucho.

Espinoza Cruz señaló que es necesario que la Comisión Interamericana de Derechos Humanos se pronuncie para que el Estado peruano corrija las presuntas irregularidades cometidas en las investigaciones de la masacre de Uchuraccay por parte del Poder Judicial peruano.

Consideró que el Estado y los deudos de los periodistas asesinados deberían llegar a un acuerdo y conciliación. Esa sería una manera de hacer justicia, pues es eso lo que buscan los familiares que pugnan por encontrar la verdad.

La congresista cuestionó severamente a la comisión investigadora que presidió Mario Vargas Llosa, por estimar que no se portó a la altura de las circunstancias tras un hecho execrable que es repudiado no solo por el pueblo peruano, sino también por el mundo entero.

"Evocar la imagen de los periodistas que fueron a buscar la verdad en la misma fuente y, a cambio, encontraron la muerte, demanda hacer justicia por el legado que han dejado al periodismo, que es la valentía, la veracidad y la entrega de lo que significa un periodista de campo. Este es el más grande legado que han dejado los corajudos mártires de Uchuraccay", enfatizó.

En la conferencia de prensa también estuvieron la representante de los deudos de los mártires de Uchuraccay, Gloria Trelles de Mendívil; el presidente de la Asociación Nacional de Periodistas (ANP), Roberto Mejía Alarcón; el alcalde de Uchuraccay, Zósimo Huamán; y el abogado de los familiares de las víctimas, Tadeo Falconí.

Se recordó la figura y trayectoria de los mártires Willy Reto, Jorge Luis Mendívil, Jorge Sedano, Octavio Infante, Amador García, Félix Gavilán, Pedro Sánchez, Eduardo de la Piniella y Juan Argumedo (guía).

Fuente: Congreso de la República

Variedades

Director fundador: Clemente Palma | **Director:** Ricardo Montero Reyes | **Subdirector:** Omar Swayne Recuenco | **Editor:** César Chaman Alarcón (cchaman@editoraperu.com.pe)
Fotografía: Jhony Laurente León | **Jefe de Diagramación:** Julio Rivadeneyra Usurín | Teléfono: 315-0400 (2182) |

(Las fotografías empleadas en este suplemento, excepto la que aparece en la página 3, se conservan en el Archivo Histórico del Diario Oficial *El Peruano*).

LA RUTA DE LA PAZ

Varios años después de la tragedia de 1983, el camino hacia Uchuraccay conduce también a los dominios de la memoria y al más sentido de los homenajes para los mártires del periodismo peruano.

TEXTO Y FOTO: **PEDRO YARANGA**

Hace 22 años, en 1997, concluida la primera etapa del proceso de retorno de pobladores a Uchuraccay, por iniciativa de su alcalde y con el apoyo del alcalde distrital de Tambo y de la dirigencia de la Asociación Nacional de Periodistas del Perú (ANP), se decidió realizar el primer recorrido en caravana por el mismo camino que siguieron los periodistas masacrados el 26 de enero de 1983.

A este recorrido se le denominó, de manera simbólica, la Ruta de la Paz y la Reconciliación Nacional. Previa concentración, la caravana partió de la plaza de Armas de la ciudad de Ayacucho y continuó por los distritos de Quinua y Tambo, hasta llegar a la comunidad de Uchuraccay. Desde aquella fecha, la actividad se institucionalizó y se repite todos los años.

MEMORIA ETERNA

Con el mismo ánimo, hace 18 años, en el 2001, un grupo de periodistas ayacuchanos decidió hacer perdurar la memoria de los mártires con una peregrinación. Así, siguieron la ruta que hicieron Willy Retto, Jorge Luis Mendívil, Félix Gavilán, Octavio Infante, Pedro Sánchez, Jorge Sedano, Eduardo De la Piniella, Amador García y el guía Juan Argumedo.

Como acto protocolar, en la madrugada del 26 de enero, ocho periodistas y un guía partimos desde el frontis del hotel Santa Rosa –el mismo donde pernoctaron los mártires en 1983– a bordo de dos camionetas, con dirección a Toccto. Allí, con las mochilas a la espalda, iniciamos el peregrinaje.

Después de un par de horas, la fatiga y los latidos acelerados del corazón nos dieron la señal de que escalábamos uno de los picos más altos de la zona: el abra Toccto, a 4,672 metros sobre el nivel del mar. En esa cumbre, siguiendo la costumbre andina, aprovechamos para ofrecer a los apus una mesada, pidiendo la protección de los dioses para los caminantes.

CAMINO AL ANDAR

En el recorrido, seguimos caminos empinados, empapados por las gotas de agua retenidas en los tallos de los ichus que nos cubrían hasta la cintura. En los Andes, el camino se hace al andar. En tantos años, desde 1983, por falta de uso, hasta las vías de herradura han quedado cubiertas por ichu y pasto natural. Solo por temporadas esta ruta es frecuentada por algunas personas que operan en calidad de *burriers* para el traslado de droga.

Después de siete horas de fatigoso peregrinaje, llegamos a Huachhuaccasa, uno de los picos más altos en los alrededores de la comunidad de Uchuraccay. Este es el momento en que hasta el más exhausto grita a todo pulmón: "¡Sí se pudo!". Desde allí descendemos hasta el antiguo pueblo de Uchuraccay, donde nos espera el calor de la población, los visitantes, autoridades, amigos y familiares de los mártires. Es el momento donde se sella el abrazo de la paz y la reconciliación. Se trata de un peregrinaje que se repite todos los años y que continuará hasta hallar justicia, en este proceso de duelo y búsqueda de la verdad. Y seguiremos hasta lograr, también, atención para pueblos alejados y olvidados, como Uchuraccay.

EL FACTOR HUMANO

El peregrinaje llega a momentos dramáticos cuando, en cierto tramo, cerca del límite entre las provincias de Huanta y La Mar, algunas señoras nos alcanzan para compartir su pobreza: café caliente, chuño y papa nativa. Los caminantes retribuimos con lo que llevamos en las mochilas: caramelos, panes, fruta, galletas y algunas ropas usadas, para los niños. Ese es el único contacto con la población en todo el trayecto. Después, solo nos escoltan la densa neblina o una prolongada lluvia. Sin embargo, cuando hay suerte, el cielo sonríe y lo sobrevuelan algunos gavilanes: es señal de que el tiempo cambiará.

"En el 2001, un grupo de periodistas ayacuchanos decidió hacer perdurar la memoria de los mártires con una peregrinación".

TRAGEDIA SIN ENTREACTOS

Conocidos los hechos de Uchuraccay, diversos cronistas han intentado acercarse a la esencia de una verdad difícil de procesar. Escrita hace varios años, esta nota es un recuento detallado de hechos, motivaciones y personajes, a la vez que una interpretación de una tragedia que hasta hoy conmueve a la prensa.

ESCRIBE: **JUAN GARGUREVICH** / PERIODISTA Y ESCRITOR (*)

¿Por qué no se ha escrito todavía la gran crónica de la tragedia de Uchuraccay del 26 de enero de 1983? ¿Acaso no han transcurrido años suficientes como para tomar distancia y narrarla con esfuerzo de objetividad?

Muchos periodistas extranjeros se han sorprendido de no encontrar un buen texto sobre el caso que conmovió a la opinión mundial. Ocho periodistas asesinados en los Andes peruanos es, aparentemente, una historia que se escribe sola. Pero no ha sido así.

Solo hay una crónica sobre el tema y fue escrita por el conocido y polifacético José María "Chema" Salcedo. Hay otro libro, de fotos, editado y publicado por Guillermo Thorndike en 1983 y titulado *Uchuraccay. Testimonio de una masacre*. Reúne fotos de una docena de reporteros. El conocido periodista se limitó a redactar las leyendas o pies de fotos.

Hay también una buena recopilación de artículos de periódicos que fueron organizados y publicados por el poeta y periodista Juan Cristóbal (seudónimo de José Pardo del Arco). El libro *Uchuraccay o el rostro de la barbarie* fue editado por el autor en el 2003. También es difícil ubicarlo en librerías.

El texto de Salcedo se titula *Las tumbas de Uchuraccay* y compruebo que es una rareza bibliográfica, pues no está en bibliotecas locales y tampoco se consigue para comprar. Para alivio académico, añadiré que lo veo en el catálogo de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos.

José María Salcedo era director del ya histórico *El Diario Marka* en 1983. El periódico era un denodado esfuerzo de la izquierda por reunir talentos, dinero y espíritu de unidad para editar el diario (toda una historia que se merece una buena crónica). Y su aparición en las calles casi coincidió con el inicio de acciones armadas de Sendero Luminoso, que le abría así un frente no imaginado a la izquierda.

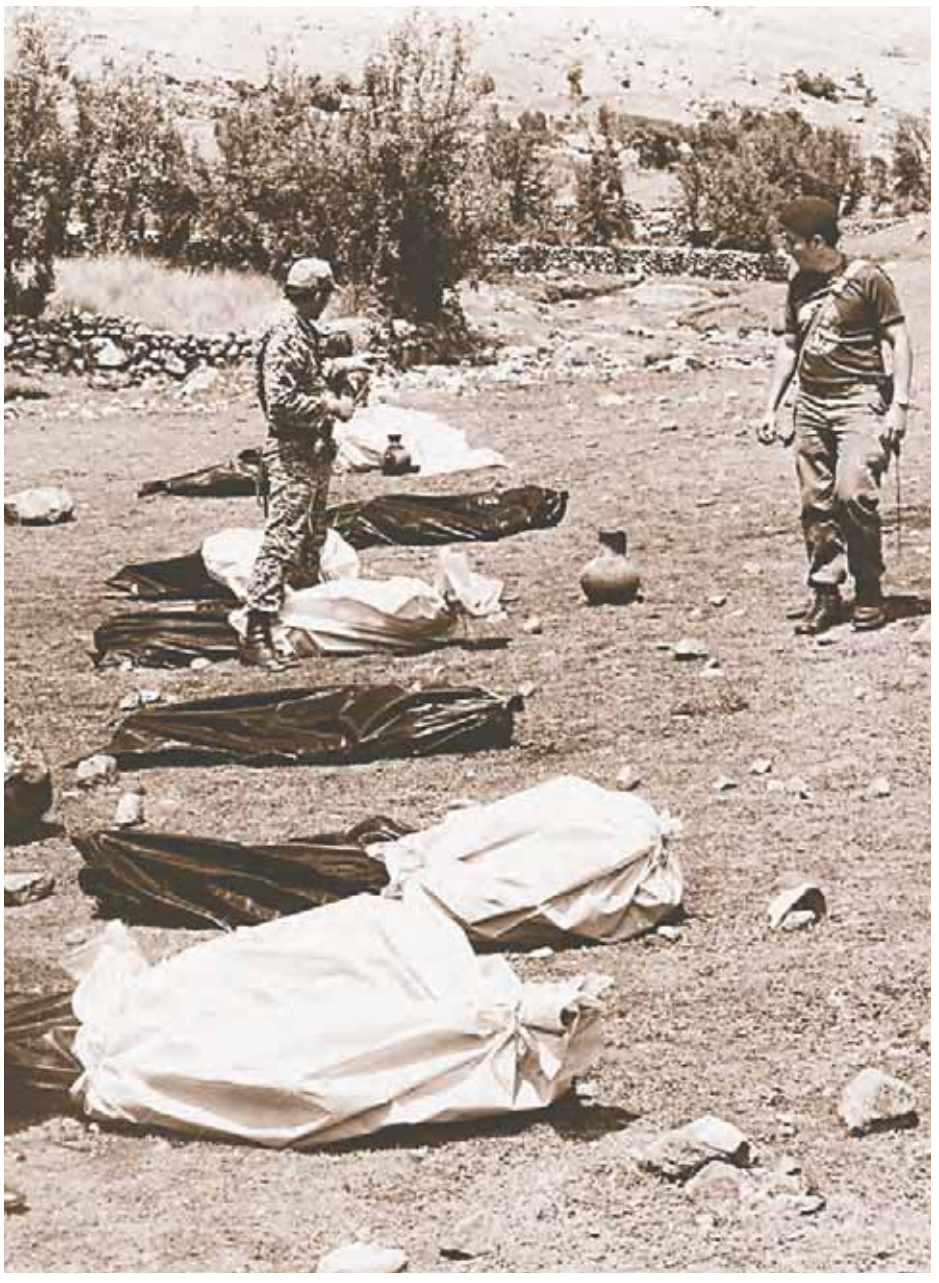
El Diario Marka se proclamó antisenderista y cubrió con corresponsales y enviados especiales los sucesos de Ayacucho. Fue así como murieron tres de sus periodistas (Eduardo De la Piniella, Pedro Sánchez y Octavio Infante).

Salcedo estuvo entre los que viajaron el domingo 30 de enero a Ayacucho para el penoso trámite de traer los cadáveres a Lima y comenzó a recopilar el material para la crónica que publicaría un año más tarde, cuando ya no era director de *El Diario Marka*.

Para contar la historia, eligió la técnica del narrador externo, describiendo a "José María Salcedo" y sus indagaciones. Aparecen como personajes centrales los periodistas asesinados, el general Noel Moral, el corresponsal Luis Morales y muchos otros; se cuenta historias de periodistas y de periódicos y recoge medio centenar de testimonios que incorpora a la crónica.

Pero, sobre todo, y es explicable en el contexto, recoge y defiende la versión de que hubo extraños ("sinchis" de la Policía) en Uchuraccay que si no fueron los asesinos por lo menos alentaron a los comuneros. Contradijo así a la Comisión Vargas Llosa.

Hacia el 90 se conocía que el periodista norteamericano Phil Bennet estaba trabajando el tema y que pronto publicaría el libro que todos aguar-



daban porque, quizá, una voz externa era lo mejor. Pero el colega abandonó el proyecto, no sabemos por qué, después de recaudar enorme y muy valiosa información.

La revista *Caretas* reveló que ladrones se metieron en su casa en 1991 y le robaron la computadora en la que guardaba sus informes. Algo pudo reconstruir, pero parece que no lo suficiente para redactar el texto esperado. Phil Bennet ya no está en el Perú, que sepamos.

INICIO DEL DRAMA

El drama de Uchuraccay se inició mucho antes de la fatídica fecha que conmemoramos y podría fecharse entre julio y agosto de 1981, cuando militantes de Sendero llegaron a la comunidad y a otras vecinas para organizar bases de apoyo.

Al año siguiente, 1982, la confrontación con los senderistas fue tan aguda que Uchuraccay expulsó a militantes que querían establecer allí una "escuela popular de mujeres" y, poco después, el alcalde, Alejandro Huamán, quemó públicamente una bandera roja que Sendero había colocado en un cerro vecino. Fue su sentencia de muerte porque a los pocos días fue asesinado.

A una hora de camino, en Huaychao, se vivía un problema similar, pues Sendero asesinó al presidente y al teniente gobernador de la comunidad.

Al iniciarse 1983 se acentuó el drama. En varios poblados de Huanta, incluyendo Uchuraccay, los comuneros –alentados por los militares– mataron a por lo menos treinta senderistas y provocaron así elogios desmedidos del Ejército y del Gobierno, incluyendo al propio presidente Fernando Belaunde.

Por eso, el 22 de enero los comuneros de Huaychao avisaron, gozosos, que habían ultimado a siete senderistas en una matanza cruel, a pedradas y cuchilladas. Leamos la reconstrucción de los antropólogos La Serna y Berrocal que llegaron a la comunidad más de veinte años después y encontraron sobrevivientes, testigos y actores del crimen: "Los comuneros de Huaychao y Macabama salieron a saludar a los guerrilleros y los guiaron a su sala de asamblea… Apenas reunidos, los comuneros escucharon sus discursos que invitaban a alterar la estructura de la organización comunal, sus interrelaciones familiares y luego, calmadamente, se acercaron a los senderistas, sacaron las hachas, cuchillos y piedras que habían escondido bajo sus ponchos y los aporrearon hasta sucumbirlos".

"En varios poblados de Huanta, incluyendo Uchuraccay, los comuneros mataron a por lo menos treinta senderistas".

Los periodistas Gustavo Gorriti y Oscar Medrano, de *Caretas*, fueron testigos privilegiados de la tragedia pues llegaron a Huaychao en un helicóptero del Ejército pocas horas después y enviaron prontamente textos y fotos que la revista publicaría como primicia ante el regocijo gubernamental.

Comentando el sangriento evento, el jefe militar Noel Moral declaró: "Hay una respuesta muy significativa del pueblo ayacuchano en desterrar el terrorismo. Con esta acción [se refería a las masacres de Macabamba y Huaychao] los hombres y mujeres están demostrando coraje y virilidad para no continuar siendo mancillados por un pequeño grupo de ideas descabelladas".

El entusiasmo llegó hasta el diario *El Comercio*, que el mismo día, 26 de enero, dijo en un editorial titulado "El pueblo se defiende":

"Dos comunidades campesinas, entrañas vivas de la nacionalidad, han dado al país un ejemplo de viril certidumbre en la defensa de los derechos humanos y de sus derechos… el pueblo peruano es el de Huaychao y Uchuraccay. No se somete a delincuentes… lo que hace el pueblo con esa gente es darle su merecido. Para liberarse de su amenaza y para salvar al país de esa vergüenza". (26.1.83. p. A-2).

La zona completa supo pronto de las muertes y de los elogios y recompensas a los ejecutores, pues la noticia voló de pueblo en pueblo, incluyendo naturalmente a la comunidad de Uchuraccay que era ciertamente pobre y atrasada, pero nada de primitiva, como se hizo creer después.

¿QUÉ BUSCABAN?

El penoso viaje de los ocho periodistas a las alturas de Uchuraccay ha sido descrito con detalle. Dónde pararon, qué comieron, el soroche de Sedano, el malestar de Sánchez.

Pero muy poco sabemos del motivo real del viaje, las razones por las que todo un equipo de corresponsales limeños poco preparados decidió afrontar un viaje que se sabía largo, difícil y, sobre todo, peligroso.

Todos estaban informados de que los feroces "sinchis" de la Policía hormigueaban en la zona, que Sendero anunciaba la guerra a los campesinos que habían matado a sus militantes, que la extrema tensión casi podía respirarse. Y a pesar de todo, decidieron el viaje.

Se afirma que el motivo fue llegar hasta Huaychao para comprobar razones y veracidad de las ejecuciones que ya Gustavo Gorriti y Oscar Medrano habían documentado para *Caretas*. Pero ¿esto justificaba la temeraria excursión? No lo creo.

No tengo dudas de que esos magníficos periodistas se movilizaron por razones mayores, en búsqueda de noticias más importantes que la constatación de la masacre de Huaychao. José María Salcedo, por ejemplo, recoge la especulación de que los cadáveres de esa comunidad eran de niños y que mataron a los periodistas para impedir que llegaran a esa comunidad, siendo interceptados antes (*Las tumbas de Uchuraccay*, p. 189).

Pero hay otra hipótesis que nos parece verosímil: es probable que en Ayacucho hubieran hecho contacto con militantes senderistas y esperaban encontrar a sus mandos para hacer entrevistas, fotos. Sería una primicia mundial, un notición, pues hasta entonces Sendero era solamente un conjunto de fantasmas y de cadáveres que el Gobierno afirmaba eran subversivos.

Aparentemente, tenían como contacto al guía Argumedo, a quien los comuneros de Uchuraccay reconocerían como antiguo senderista y lo asesinarían poco después de los propios periodistas.

El 26 de enero en la tarde había una reunión en la casa de Fortunato Gavilán, el teniente gobernador. Las botellas volaban de boca en boca porque el día anterior habían celebrado un cumpleaños y el festejo tenía para rato.

"¡Ya están viniendo, los terroristas están viniendo!", gritó alguien y todos salieron corriendo hacia el cerro Wachwaqasa a atajar al grupo que se acercaba despacio, con las manos en alto, quizá agitando un trapo blanco.

El antropólogo Ponciano del Pino reconstruyó la escena a base de numerosos testimonios: "Los acorralaron a los pocos minutos, mientras otros corrían persiguiendo al guía que los había dejado en la cumbre del pueblo. En actitud bélica, los campesinos portaban palos, hachas, piedras y lazos. Los periodistas estaban temblando. 'No podían hablar', es como recuerda uno de los campesinos que entrevisté. No había comunicación. Era un diálogo de sordos…".

No escucharon a los que hablaban quechua, todos gritaban a la vez y, finalmente, les indicaron que bajaran hacia el pueblo… "una de las autoridades dudó y dio la orden de matarlos".

ABANDONADOS

"¿Los han matado a todos? Pero… ¡esos eran periodistas!", dicen que exclamó el joven teniente de la Marina Ismael Bravo cuando escuchó estremecido y hasta incrédulo el relato de los campesinos. La patrulla de infantes y sinchis que comandaba había llegado al lugar del drama el 28 de enero para comprobar los avisos de mensajeros.

Asustados, comenzaron las recriminaciones, las acusaciones, los preparativos para escapar, como en el caso del gobernador Fortunato Gavilán, el primero en huir.

El oficial usó la radio, avisaron al general Noel Moral; este, a su Comando y la noticia llegó hasta el propio presidente Belaunde, quien llamó a sus jefes de Inteligencia para plantearles la interrogante: "Y ahora, ¿qué hacemos?".

Tomaron decisiones rápidas. "Hay que decir que esos campesinos, ignorantes y primitivos, que no hablan castellano, los mataron porque llevaban una bandera roja. Todos deben sostener la misma versión".

Y así fue. El discurso a que se aferraron se resume así: "Somos ignorantes, no sabemos, traían bandera roja… los jefes nos dijeron que matáramos a los que venían a pie".

Luego siguió un verdadero huaico de acusaciones y reclamos. Esa debe haber sido la sensación de los comuneros de Uchuraccay cuando les cayeron, como una avalancha, más militares, periodistas, familiares y luego hasta una comisión presidida por Mario Vargas Llosa, el escritor más famoso del Perú.

Escudados en su idioma, juramentando solidaridad, soportaron el chubasco de preguntas y hasta se dieron el lujo de atemorizar a la comisión cuando comenzaron a ser cercados por las evidencias. Quizá pensaron que su crimen quedaría impune.

Pero semanas más tarde, quedaron solos. El problema se trasladó a Ayacucho, al juicio y el debate periodístico y los militares se desentendieron de Uchuraccay. Quizá alguien dijo, a la peruana: "Bueno pues, que se jodan".

Sendero Luminoso esperó con paciencia hasta la víspera de la fiesta del Espíritu Santo, el 20 de mayo, y esa noche arrastraron fuera de sus casas a veinte uchuraccaínos, buscándolos con una lista. Luego los asesinaron. Lo mismo hicieron el 16 de julio, cuando llegaron nuevamente, siempre con una relación de nombres para matar a otros veinte.

Y así, semana tras semana, fueron ubicados los participantes de la tragedia y asesinados. Probablemente, el último fue Fortunato Gavilán, encontrado cerca de la selva con un cartel en el pecho destrozado y que decía: "Así mueren los perros traidores". El número total de muertes fue de 137, adjudicados a Sendero, pero es muy probable que militares participaran en la eliminación de testigos molestos.

Cuando el juicio pasó a Lima, Uchuraccay ya era un pueblo fantasma donde nadie quería vivir. Los comuneros vecinos les habían robado el ganado, saqueado sus casas y, sobre todo, repudiado hasta el punto de que nadie quería decir que provenía de Uchuraccay. Los campesinos asesinos o cómplices resultaron ser, al final, la parte más frágil del conflicto y pagaron con la vida su trágica equivocación. Porque los verdaderos responsables –civiles y militares– fueron protegidos, encubiertos y se libraron de todo castigo. Fue, una vez más, el triunfo de la impunidad.

(*) *J. Gargurevich escribió esta crónica hace varios años (algunos trabajos se han publicado sobre la masacre desde entonces); sin embargo, su contenido mantiene actualidad.*

MASACRE EN CIFRAS

Una treintena de hombres y mujeres, adultos y jóvenes, atacaron ferozmente a los periodistas con palos, piedras, hachazos y golpes, hasta hacerlos caer para rematarlos con crueldad. Luego los desnudaron, robaron sus ropas y pertenencias y los enterraron superficialmente porque debían mostrarlos, como los de Huaychao. Y volvieron a beber, contentos de haber matado a los ocho "senderistas" y sin imaginar no solo que habían cometido un terrible error, sino que también habían asegurado su propia sentencia de muerte. Porque en los próximos meses todos los verdugos de Uchuraccay serían asesinados, hasta un total de 137 de una población total de 400 comuneros. Repito: 137.

EL PENÚLTIMO VIAJE

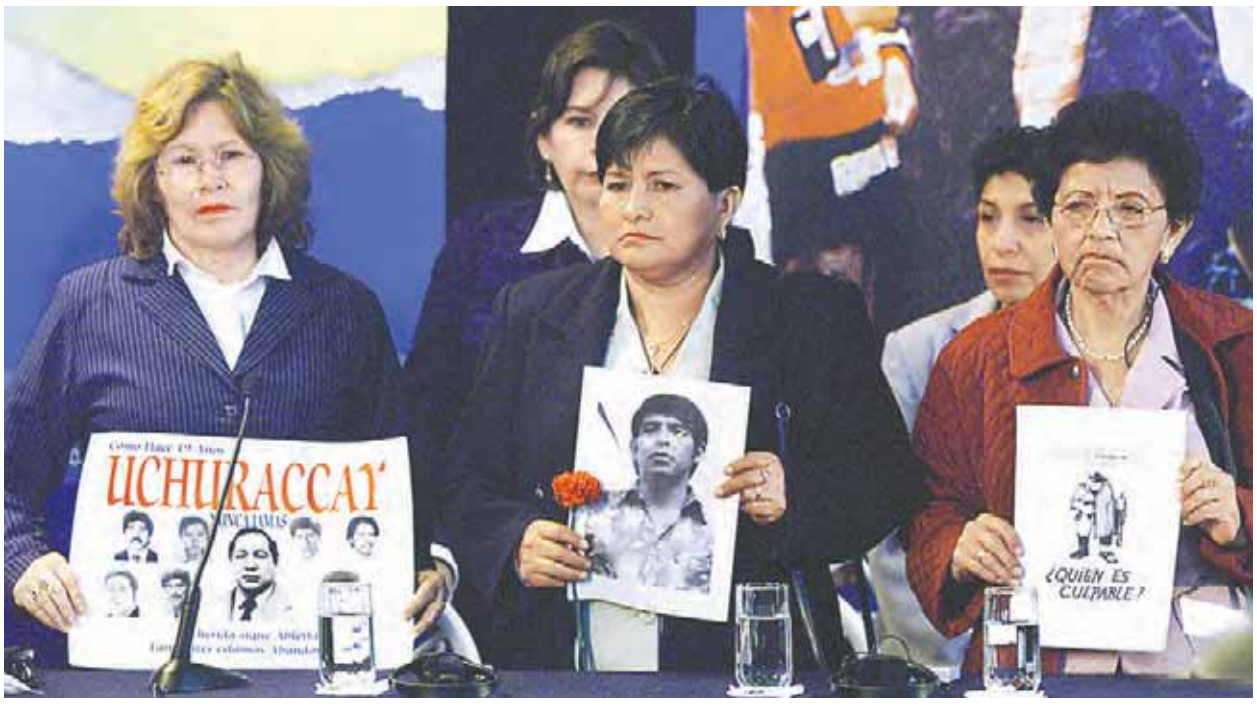
¿Cómo se vivía en Ayacucho la tensión de los días previos a la masacre de Uchuraccay? El relato de un testigo directo –uno de los periodistas enviados a la zona del conflicto– nos acerca con detalle a las últimas horas de las víctimas, en una trama de miedo, amenazas y engaños.

ESCRIBE: **GERARDO TORRES** / PERIODISTA, EDITOR

Los dinamitazos, las emboscadas a patrullas militares y policiales, las incursiones armadas de subversivos y soldados en las comunidades campesinas –con ejecución de 'culpables' e inocentes, hombres, mujeres y niños– eran hechos de todos los días. Los periodistas, corresponsales extranjeros y enviados de los diarios de Lima a las zonas de conflicto, nos desplazábamos entre dos fuegos. Nuestro objetivo era informar la verdad sobre los sangrientos episodios.

La prensa no tuvo restricciones que lamentar hasta el trágico episodio del 26 de enero de 1983, en Uchuraccay, remota comunidad de los andes ayacuchanos, donde fueron asesinados ocho periodistas y su guía.

La responsabilidad del espantoso crimen continúa sin esclarecerse, 36 años después. Casi todos los informes periodísticos y libros sobre el tema no dicen la verdad y tratan de exculpar del asesinato a los militares. Incluso Mario Vargas Llosa trató de encubrir, desde un principio, a los verdaderos ejecutores y atribuyó la autoría de la matanza a "los indios salvajes" de la comunidad ayacuchana.



HACIA PARIABAMBA

El 16 de enero, diez días antes de la tragedia de Uchuraccay, Pedro Sánchez, reportero gráfico, y el autor de esta crónica, enviados especiales de *El Diario Marka*, decidimos sumarnos a otros colegas en el viaje a Pariabamba, centro poblado del distrito de Uranmarca, provincia de Chincheros, Apurímac.

La misión era obtener información sobre los enfrentamientos de una patrulla militar-policial con subversivos, con el saldo de varias bajas en el contingente senderista, entre ellas la camarada 'Carla'. Meses antes, en setiembre de 1982, también cayó abatida la dirigente subversiva Edith Lagos, una joven de 19 años.

Partimos de Huamanga antes que alumbre el día a bordo de un taxi contratado para el viaje de ida y vuelta. Con nosotros viajaron Manuel Vilca (*La República*), Roberto Cubas (*Correo*) y Jorge Torres Serna (revista *Gente*).

Nuestro primer destino fue Andahuaylas, a donde llegamos después de 14 horas de viaje por una carretera sin asfaltar. La vía recorre valles, altas montañas, profundas quebradas y atraviesa ríos. En el trayecto, en los controles militares y policiales nos preguntaban insistentemente si periodistas de *Marka* iban en la expedición.

EN PELIGRO

El Diario Marka, periódico de línea de izquierda, era el de mayor tiraje a escala nacional en 1983. Solo en Ayacucho vendía más de 10,000 ejemplares por día y, en todo el país, más de 100,000.

Con Pedro Sánchez advertimos el peligro y decidimos no mostrar la credencial del periódico. Pedro se presentó con el carné de *Quehacer*, revista en la que colaboraba. Y yo mostré el carné del Colegio de Periodistas del Perú.

Llegamos a Andahuaylas al borde de la medianoche. Nos alojamos en el Hotel de Turistas, que estaba atestado de policías y agentes de los servicios de inteligencia del Ejército.

Esa misma noche, colegas de la zona nos avisaron de los peligros de continuar el viaje a Pariabamba. "En las comunidades de la zona están infiltrados los 'sinchis', cuerpo especializado de la Policía, que operan con atuendo de campesinos. No expongan su vida", nos previnieron.

Tras una rápida evaluación del panorama, se acordó por mayoría no ir a Pariabamba y retornar a Huamanga. Pedro Sánchez se molestó. Él era el más entusiasmado con la idea de seguir adelante. Dijo que necesitaba tomar fotos y mostrar al mundo su trabajo profesional. Pedro había llegado el 15 de enero a la zona de guerra, en reemplazo de Severo Huaycochea, otro experimentado reportero de *Marka*. Salimos de Andahuaylas, de retorno, la noche del 17 de enero y llegamos a Huamanga en la tarde del día siguiente.

VISITA INESPERADA

La noche del 18 de enero la pasé sin dormir. Aparentemente, había tranquilidad en Huamanga. No se escucharon dinamitazos ni balaceras.

A la una de la madrugada, el portero del hostal Santa Rosa, centro de operaciones de los periodistas, tocó la puerta de mi habitación, en el segundo piso. Me dijo que dos personas me buscaban y querían hablar conmigo. "Son los mismos que vinieron cuando viajaron", dijo. Sentí temor y desperté a Pedro Sánchez. Ambos decidimos no salir. Encargamos al portero que les diga a los desconocidos que retornaran más tarde, en horas del día.

Cinco minutos después el portero retornó con el siguiente mensaje: "Insisten en hablar con ustedes. Dicen que han secuestrado a Norma Quispe, la hija del distribuidor del periódico". Quispe era un hombre muy humilde y hablador. Su hija Norma lo ayudaba en la distribución de *Marka* entre los canillitas de Huamanga.

La versión del secuestro nos preocupó, pero aun así ratificamos nuestra decisión de no salir al encuentro de los desconocidos. Por seguridad y porque a esa hora la edición del periódico estaba cerrada y era imposible hacer cambios.

Horas después, a las 7:00 de la mañana del 19 de enero, buscamos a Quispe en su puesto de la calle Lima. Nos confirmó el secuestro de su hija y aclaró que él no había enviado a nadie a buscarnos al hostal.

CRIMEN IMPUNE

Por primera vez presentimos que algo malo nos podía pasar. Estábamos en un escenario de guerra. Los periodistas sabíamos que al Comando Político Militar le molestaban las noticias sobre las atrocidades que perpetraban las fuerzas beligerantes.

El 20 de enero hablé con el director del periódico, José María Salcedo. Pedí mi relevo y retorné a Lima dos días después. El 24 de enero partió a Huamanga mi reemplazo, Eduardo De la Piniella, a solicitud de él. 48 horas después fue asesinado cruelmente, junto a Pedro Sánchez, Félix Gavilán –los tres de *El Diario Marka*– y otros cinco colegas.

Cuando fui a declarar a la comisión investigadora que presidió Vargas Llosa, afirmé que a los periodistas los mataron los que querían ocultar la verdad; es decir, el Comando Político Militar, al mando del general Clemente Noel Moral. El crimen sigue impune.

OFICIO EN PELIGRO

El "mejor oficio del mundo" es también uno de los más peligrosos. Los nombres de los mártires de Uchuraccay engrosan la lista de hombres y mujeres de prensa que han entregado la vida en busca de la verdad.

ESCRIBE: **ERNESTO SÁNCHEZ SARMIENTO** / PERIODISTA

Uno de los capítulos más nefastos que le ha tocado vivir al periodismo peruano tiene que ver con el accionar terrorista, principalmente en Ayacucho. La masacre de ocho reporteros y su guía en Uchuraccay fue un epílogo injusto para la sed que mueve a los periodistas: buscar la verdad de un hecho, aun a costa de la seguridad propia.

La tragedia de Uchuraccay permanecerá imborrable en mi memoria pues, al día siguiente de los hechos, en mi condición de redactor de *El Comercio*, me tocó viajar a Huamanga para a reemplazar a mi colega –hoy desaparecido– Javier Ascue Sarmiento. Por azares del destino, Ascue no se sumó al grupo de reporteros que enrumbaron a las alturas de Uchuraccay. Javier quedó anímicamente impactado por ese aciago suceso y pidió su reemplazo.

RIESGO EN LA RUTA

Mi familia, por supuesto, me recomendó cuidado y prudencia para resguardar mi integridad física. Es cierto, me iba al foco mismo de la violencia, pero en mí bullía el deseo de estar en el escenario de los hechos y en contacto directo con la noticia.

En Huamanga, junto al reportero gráfico Armando Torres, me alojé en el hostal Santa Rosa, donde también pernoctaban miembros de la Policía que llegaron para apoyar a las fuerzas del orden acantonadas en la región.

Me consta: vi a jóvenes oficiales rogar a sus familiares en Lima –derramando lágrimas al coger el teléfono– que hicieran hasta lo imposible para que los trasladaran a otros sitios menos peligrosos.

Rememoro con nitidez un hecho que bien pudo costarnos la vida a Armando Torres y a mí. Resulta que habíamos viajado a Huanta y, al retorno, nos detuvimos en Quinua para almorzar. Como Torres había nacido en ese poblado, festejamos la circunstancia y nos pasamos de copas. Al anochecer decidimos emprender la retirada hacia Huamanga, pero, por lo avanzado de la hora, ya no encontramos movilidad. Así que nos paramos al borde de la carretera a "tirar dedo". Al rato apareció una camioneta que nos recogió. A mitad del trayecto, el conductor asistió a otro joven que subió a la tolva del vehículo.

Unos diez kilómetros antes de llegar a Huamanga, el piloto paró en seco la camioneta: tres personas –una de ellas mujer– enfundadas en ponchos y con los rostros cubiertos, nos detuvieron apuntándonos con fusiles. "Digan que son comerciantes, no periodistas", nos recomendó el chofer. Después, bajó del vehículo y conferenció con los terroristas. Retornó e hizo bajar al muchacho que había recogido. "Ya expliqué que ustedes son comerciantes y que están mareados", nos dijo. Más tarde, ya recuperados, cavilamos acerca de la que nos habíamos salvado.

El hecho pudo ser irrelevante de no ser que, a los dos días, en un diario local apareció la foto del joven que el chofer recogió en el trayecto. Había sido ultimado por los terroristas, que le colocaron un cartel en el pecho que decía: "Así mueren los traidores". Entonces, llegué la conclusión de que nuestro conductor estaba coludido, de alguna manera, con los beligerantes y que el objeto que me incomodaba en el trayecto, cada vez que el vehículo viraba, era la cacha de un revólver.

"Digan que son comerciantes, no periodistas", nos recomendó el chofer. Después, bajó del vehículo y conferenció con los terroristas.

ATAQUE Y MUERTE

Otro día nos dirigimos a una comarca cercana a Huamanga que había sido atacada por una columna senderista. El taxista que nos llevó nos recomendó que nos identificáramos como comerciantes. Así lo hicimos cuando los soldados nos pidieron papeles para continuar el viaje. Llegamos a la plaza del pueblo y le sugerí a Armando que 'disparara' flashes con su cámara fotográfica para que los pobladores nos identificaran como periodistas y no como senderistas.

Al rato, apareció un hombre con casaca de cuero que dijo ser el maestro del pueblo. "Anoche vinieron los 'terrucos' y se llevaron utensilios y comida. No hubo muertos", comentó. Hizo una seña y empezaron a repicar las campanas de la iglesia. Entonces, salieron los lugareños de sus viviendas, donde estaban escondidos, y recabamos información de primera mano y fotos. A los pocos días hubo otro ataque terrorista a la comisaría de Huanta. Los senderistas fueron rechazados. Entre los cabecillas senderistas abatidos estaba el maestro que nos había atendido en el poblado de días atrás. Resultó ser dirigente de Sendero Luminoso.

UN PRECIO ALTO

Como epílogo de esta nota, propongo reflexionar sobre los riesgos de nuestro oficio. En las guerras, por ejemplo, los reporteros desean estar "en primera fila". Gran número de periodistas han perecido en esa osada presencia. Hoy mismo, la investigación de hechos de corrupción y la persecución de periodistas en dictaduras dan lugar a agresiones físicas y verbales, a hostigamiento judicial, censura, amenazas de muerte y recorte de publicidad. El precio de la verdad suele ser demasiado alto.